

hora y en cualquier parte se le encontraba dispuesto a servir sin dilaciones al último vecino. No sosegaba y tenía tanta confianza en sí mismo y en Alcázar, que no quería guardias ni serenos, porque era más gasto y más trabajo, pues tenía que vigilarlos a ellos también.

El bichejo de la política se le metió hasta los tuétanos, como a casi todos los que intervienen en ella, y no se avenía a estar sin el cargo. Su desgraciado fin deja una nota de amargura y excecpticismo sobre la ingratitud de los pueblos y la maldad de las gentes.

Cumplimentó muchas veces al Rey a su paso por la Estación. Acerca de los términos de estos saludos se ha fantaseado tanto que cada uno lo cuenta a su manera, pero en el fondo hay una cosa cierta y ejemplar; la espontánea naturalidad del Alcalde, que fué reconocida y correspondida por S. M. que mandó a «La Cantera», prima hermana de «Estrella», un nombramiento de proveedora de la Real Casa por las exquisitas tortas con que le obsequiaba Eulogio a su paso por Alcázar.



Aquí es donde está «Estrella» en todo lo suyo. Lástima que esté sentado. El gesto de su cara que está hablando y fuerte, con el puro en la boca. El sombrero de alas caídas. La garrota empuñada en la mano derecha y el galgo abrazado con la izquierda, nos lo muestran tal cual era en su madurez, con la figura que recordarán todos los alcázareños.

Durante su mando se hicieron muchas obras, quedando como permanentes la urbanización de las afueras, las Escuelas de la Plaza y las del Santo y la Glorieta del Arenal, en cuya inauguración corrió el zurra a caño libre como nunca.



¿Qué paso se dará en Alcázar, en el que no se tropiece con la Estación? Sin embargo cuesta mucho trabajo encontrar vistas de su aspecto antiguo. Pero como el hombre siempre deja algo por donde pasa, un buen día, cierto viajero encontró al portero de la Estación tanto parecido con su padre, que le hizo esta fotografía y se la mandó, gracias a lo cual tenemos esta vista de la antigua entrada, cuando estaba en el rincón de los Pellejeros.

La Compañía siempre acogió a sus mutilados ocupándolos en trabajos pasivos, y los cojos que cuidaban de la portería, eran muy populares en Alcázar

El que aparece aquí es Francisco Lizcano Vaquero, conocido por «El Cojo Talán», al que cogió el tren siendo guarda agujas en Córdoba. Era un hombre de estatura media, fuerte, de maneras expeditivas que procuraba armonizar el cumplimiento de las órdenes de arriba con la necesidad o el gusto de las gentes para entrar en la Estación.

Los chicos lo recordamos, aunque brusco y obstinado, de buen carácter, por contraste con el otro cojo que tenía distinto genio. Claro que, además tenía muchos hijos, poco sueldo, la cojera y la lucha con el público. En fin, que no le faltaban motivos para el mal humor que hacía sobresalir la buena pasta de Francisco, que murió el 13 de Enero de 1912 a los 76 años de edad, después de haber sido uno de los primeros empleados de la Compañía en esta población.